

## TRANSICIONES

VÍCTOR ALEJANDRO ESPINOZA



## Ni nos ven...

**F**astuosamente, el pasado jueves 20 de enero dio inicio el segundo periodo de gobierno de George W. Bush. Se trata del presidente número 16 de la historia de Estados Unidos que repite su mandato; han sido más (27) los presidentes que no han podido reelegirse para un segundo periodo. Su antecesor, el demócrata William Clinton, había logrado también ganar una segunda elección y durante la primera había derrotado al padre de Bush. La segunda presidencia de George W. Bush parece diferente de partida respecto a la primera que inició en enero de 2001; en efecto, la elección del año 2000 fue tan cerrada que de hecho Al Gore, candidato demócrata, recibió más votos de los norteamericanos que Bush, pero dado el sistema electoral el número de miembros del Colegio Electoral fue mayor para el republicano. Las dudas sobre el fraude electoral en el estado en el que gobierna el hermano del presidente persisten. Pero la elección del 2 de noviembre pasado fue otra cosa. Bush obtuvo más votos del pueblo norteamericano y en el total del Colegio Electoral, que su contrincante John Kerry. Fue un triunfo sin cuestionamientos. Eso le da un piso de legitimidad que cuatro años antes no tenía; ello aunado a que cuenta con la mayoría en el Congreso, permite suponer que el presidente tendrá mayor margen de maniobra en términos de la confección de las políticas públicas.

Será sin duda la política exterior norteamericana la que mayores repercusiones tendrá para nuestro

país. Como sabemos, Vicente Fox y George W. Bush dieron inicio a sus respectivos gobiernos en medio de grandes expectativas en torno al mejoramiento de la relación bilateral. Fueron electos el mismo año 2000 y ambos se declararon su simpatía. De inmediato el gobierno mexicano invitaría al amigo norteamericano al rancho de la familia Fox en San Cristóbal en el mes de febrero de 2001. En la "Cumbre de las Botas", como fue conocida la reunión, con gran optimismo se habló de un acuerdo migratorio, que en su parte medular regularizaría las estancias de nuestros compatriotas. Se dice que el 11 de septiembre relegó de las prioridades norteamericanas dicho acuerdo. Es muy probable que haya sido así; aunque no estoy seguro que si no hubiera habido ataques terroristas se hubiera logrado un acuerdo favorable a los intereses de México. La única posibilidad de llegar a un acuerdo migratorio con esas características sería convenciendo a los norteamericanos que la regularización de indocumentados (ilegales en su concepción) favorecería a la economía norteamericana. Es decir, para aprobarlo hubiera sido necesario que los intereses de Estados Unidos fueran beneficiados.

La propuesta migratoria del presidente Bush que se conoce es limitada. Se trata de estancias temporales; no incluye de ninguna forma la regularización. Ese tipo de estancias desde luego que convienen a la economía de nuestros vecinos. Para México sería un respiro en términos de las presio-

nes que supone el alto desempleo y la imposibilidad del gobierno mexicano de generar nuevas fuentes de trabajo. Sin embargo, el gran reto en el mediano y largo plazo es demostrar que la legalización de connacionales traería beneficios a nuestros vecinos. No basta, como hemos visto, que haya amistad entre los presidentes; claro que es un elemento positivo para la relación bilateral en general, pero no garantiza avanzar en temas sustantivos como lo es el migratorio.

El pasado 20 de enero George W. Bush pronunció un encendido discurso de aceptación del mandato que no abona en nada al optimismo. Se trató de una reafirmación de su concepción mesiánica del papel norteamericano en el concierto mundial. Para el presidente Bush, Estados Unidos es el árbitro y gendarme de las naciones. Su discurso fue la reafirmación de una política belicista que habrá de profundizarse en los próximos cuatro años. Ni América Latina, ni de manera particular México, merecieron una sola mención. Es en ese contexto que un acuerdo migratorio que favorezca a los mexicanos que ya viven en el país del norte está muy lejano. Ese es el verdadero reto para la política exterior mexicana: demostrar al pueblo norteamericano que la fuerza de trabajo que ha llegado del sur los beneficia y que por ello debe ser legalizada. Mientras no haya una corriente fuerte y políticamente influyente favorable a los intereses de México al interior del sistema político norteamericano, los presidentes, independientemente de su origen político republicano o demócrata, seguirán ignorándonos.

victorae@dns.colef.mx